

LA NOCHE EN EL CAMINO, Novela, por *Luis Durand*

La novela que ahora nos presenta el creador de algunas de las más bellas páginas de la literatura nacional contemporánea, se halla dividida voluntariamente en dos partes. Este procedimiento nos recuerda el mecanismo técnico de algunas excelentes producciones inglesas en las que, a veces, se fija un punto central en donde forzosamente coinciden las argumentaciones regresivas o ascendentes. Y, envolviendo a estas líneas expositivas, toda una serie de factores episódicos, salpicados de realidad o de fantasía creadora.

El autor nos presenta al personaje máximo en sus días, ya realizados, de triste plenitud con casuales irisaciones de euforia. Paralelamente a la figura de Carmen, especie de símbolo a la femineidad incomprendida en sus naturales circunstancias, vibra el torbellino emotivo de Elisa, con tal fuerza que con frecuencia llega hasta disminuir y eclipsar la bien plantada sensibilidad que el autor dió a la protagonista de su libro. Sin embargo, la vida de las dos mujeres, recortadas con signos distintos, llega a identificarse en un grito de fracaso. La noche las sorprende en el camino de los sueños.

De los hombres, Enrique y Braulio representan ángulos de psicología bien distinta. Mientras el uno vive su tragedia interior, el otro recibe las sensaciones del mundo y las devuelve como proyecciones de suave humorismo. La solución nos la da el autor derivando la curación en el primero, pero dejando en el aire, como uno de los tantos símbolos generales, los problemas del segundo.

El poeta ocasional a quien Luis Durand hace componer unos versos y su crítico mordaz y permanente son, en cierto modo, el esquema de tipos que se complementan. Por una parte la faz humorística que no se encierra en concepciones puramente personales matizadas de pesimismo, ni que tampoco en-

torna los ojos ante los defectos del mundo para responder a la exigencias del sentimiento y de la razón. Braulio es el humorista que comprende la imperfección de la realidad y se resigna con el buen humor. Y su contrafigura es la del individuo felizmente convencido de que, por lo general, la satisfacción no es la regla de las cosas.

En la «Noche en el camino» sorprende la riqueza de pequeñas y bien matizadas observaciones, la ordenación de factores delicados, sencillos, de fácil curso, dispuestas según ese ritmo creciente que nos permite formar en nuestra sensibilidad un bloque de comprensión y de solidez indiscutible. Llegar a la fortaleza constructiva mediante la reunión de materiales sencillos es una de tantas paradojas, una especie de juego estético, sólo privativo de los buenos artistas, de los escritores conscientes de su responsabilidad ante los lectores.

Un ligero suceder de imágenes captadas de la realidad diaria producen una exacta animación de la vida. Síntesis que, en definitiva, es el lógico resultado de un análisis previo llevado a fondo. Recurso que permite la expresión íntima, la natural meditación de los seres, el monólogo interior en frases normales, sin tener que recurrir al diálogo penosamente cerebral perdido con demasiada frecuencia en brumas impenetrables.

Esta nueva obra de Luis Durand merece ser leída y comprendida. Sin olvidar que las fórmulas del universo y las del arte, en particular, son necesariamente más vastas que nuestras particulares preferencias.

Los destellos de humorismo, las notas de fina disposición romántica, la impecable factura de las cartas que el autor hace escribir a sus heroínas, tal vez en momentos de sin igual inspiración son valores llamados a ser permanentes en las letras chilenas.

Siguiendo la tradición y nervio de sus anteriores libros, elementos ahora enriquecidos con más dilatados y nuevos horizontes, Luis Durand se destaca como uno de los más serios

valores a quien el descanso, tan conveniente en otros casos, no debiera permitírsele. Con ello saldría ganando el arte.—
V, M.



VIAJE DE LUZ, (Poemas de Patricia Morgan, 1945, ilustraciones de Pedro Olmos)

Hemos recibido la última recopilación de poemas de Patricia Morgan, en un libro intitulado: «Viaje de Luz», y que ilustra, el recio dibujante chileno, avecindado en Argentina, Pedro Olmos.

Se trata de un conjunto de poemas cortos, de metro libre, en los cuales su autora, nos revela una lírica que comienza a definirse en contornos más precisos, que en sus dos obras anteriores.

Patricia, nos brinda, esta vez, en un verso fácil y sin rebuscamientos clásicos ni retóricos, sus diversos e interesantes estados de alma. Aun cuando a través de ellos aparece un tanto sombría a veces, logra en parte contrarrestar ventajosamente esta impresión, en otros versos, algunos de los cuales resultan ágiles y llenos de espiritualidad.

La poesía de nuestra autora no es declaratoria, siendo más bien una especie de coloquio consigo misma, difícil de vocear en ambientes que no sean aquellos que le sirvieron de inspiración. Revela en ella una fe cristiana, con ciertos visos paganos y un fatalismo, del cual trata de desprenderse por todos los medios posibles, como lo demuestran los versos que a continuación citamos. Dice en «Sueños»:

«Te veo como una cruz
proyectada a la distancia
¡y ese madero es mi vida
y a él estoy crucificada!»